

# NOTAS SOBRE EXPERIENCIA DE FE Y ANALISIS DE LA REALIDAD

Jorge Cela S.J.

## **1. ANÁLISIS DE LA REALIDAD Y EXPERIENCIA DE DIOS:**

1.1 La experiencia de Dios aparece en la Biblia íntimamente ligada a la experiencia de la realidad. Yahveh es siempre un Dios en la historia. Es la experiencia de Moisés. La experiencia quemante de Dios (Ex. 3,2) lo devuelve a su historia, de la que había huido: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues yo conozco sus sufrimientos”. (Ex. 3,7).

1.2 El Dios que se nos revela en Jesús es un Dios que escucha (Mat. 7, 7-8) y mira a su pueblo, “que conoce sus sufrimientos” y siente “compasión de él” (Mat. 9, 36 y 15, 32) porque está hambriento y oprimido.

1.3 La experiencia de María es de este corte. La experiencia de Dios que irrumpe en su vida la lleva a descubrir y desentrañar la realidad de su historia. Porque el Dios que ella experimenta está en esa historia transformádola “Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada” (Lc. 1, 51-53).

1.4 Y como en los casos anteriores, la realidad se descubre en opresión y no simplemente en pobreza. Se descubre la causa de la carencia al descubrir al Dios que se hace presente en una historia en conflicto, en contradicción. Por eso Jesús será “señal de contradicción” (Lc. 2, 34), que viene a dividir aún más (Lc. 12, 49-53).

1.5 Así experimentó Ignacio de Loyola al Dios trinitario en el preámbulo a la encarnación en los Ejércitos Espirituales: la Trinidad mirando al mundo en contradicción: “unos blancos, otros negros; unos en paz y otros en guerra; unos llorando y otros riendo” (EE 106), Y esta mirada es la que determina su entrada en la historia por la encarnación.

1.6 La experiencia de Dios va siempre ligada a esta punzante vivencia y comprensión de la realidad. Es en este contexto primero de la espiritualidad cristiana que tenemos que situar nuestro análisis de la realidad. Aquí está la raíz de nuestra motivación para entrar en él.

1.7 Este análisis partirá pues de una experiencia de Dios muy ligada al impacto de esa realidad que queremos conocer. El esclarecimiento de esa realidad debe resultar en una progresiva epifanía de Dios según el mismo dinamismo que suscita la estrella en los magos (Mt. 2, 2-12). A medida que seguimos esa realidad como los magos la estrella, que nos comprometemos con ella en la búsqueda del Señor, lo vamos descubriendo en toda su conflictividad presente y vamos teniendo que tomar posición en su defensa frente a los Herodes de nuestro tiempo. Y para ello necesitamos la astucia y precisión de un buen análisis de esa realidad.

## **2. ANÁLISIS DE LA REALIDAD Y MISIÓN:**

2.2 Esa realidad en opresión es experimentada desde la fe como vocación y envío, como llamado y misión. Los que de jóvenes leímos relatos misionales o escuchamos hablar a apóstoles comprometidos en líneas de frontera; los que en tiempo de “experiencias” nos asomamos al mundo de los pobres o escuchamos el discurso liberador de algún científico social y sentimos arder nuestro corazón (Lc. 24, 32), podemos entender lo que esto significa.

2.2 La realidad conocida se hace dedo que señala y llama. Y en la misma percepción de la opresión intuimos la utopía como misión: “He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel...Ve, yo te envío al Faraón para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto” (Ex. 3, 8-10).

2.3 La experiencia de Moisés se repite constantemente en la Biblia y en la historia de la espiritualidad cristiana: de la experiencia de Dios a la conciencia de la realidad como oprimida a la experiencia de la vocación y misión para la liberación de esa realidad. La experiencia espiritual del cristiano funda su solidaridad con la comunidad oprimida.

2.4 Jesús mismo asumió como propia la vivencia profética de Isaías a quien la experiencia del Espíritu del Señor le lleva a tomar conciencia de la pobreza, el cautiverio y la opresión y sentirlos como misión: “me ha enviado” (Lc. 4, 18-19).

2.5 En los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola la contemplación de la encarnación se sitúa efectivamente entre las meditaciones del Rey Eternal y las Dos Banderas y precede a la elección de estados o clarificación de la propia vocación y misión (EE 135 ss).

2.6 Y el Jesús que se acompaña en el dolor y la muerte, mientras “la divinidad se esconde”, lo vemos resucitar como confirmación de nuestro camino de esperanza, que sustenta nuestras utopías. Es la espiritualidad que aprende a contemplar el resucitado en el crucificado y descubre las marcas de la pasión en el resucitado.

2.6 La conciencia de la realidad desde la experiencia de Dios tiene un poder de convocatoria insoslayable. Así lo ha experimentado siempre la Iglesia. Pero de una manera refleja lo ha asumido en la metodología del ver, juzgar, actuar que nos enseña a partir de la experiencia de la realidad para, a la luz de la fe, llegar a las orientaciones pastorales para la misión.

2.7 Hasta la misma reflexión teológica, al redescubrir este método de la experiencia espiritual cristiana, ha sentido la urgencia de volverse hacia tres polos que tenía preteridos: la escucha del pueblo oprimido y creyente, vista con los instrumentos interpretativos de las ciencias sociales, pero contemplada desde el crucificado y los signos de resurrección que refuerzan el compromiso que mueve a la acción en clave de esperanza. Esta teología procede “en última instancia del testimonio de una comunidad creyente, integrada a las esperanzas y luchas de su pueblo” (Hugo Echegaray, *Anunciar el Reino*, CEP, Lima, 1981 pg.17).

2.8 Y nosotros, que ya tenemos la experiencia de vocación y misión: que nos hemos sentido convocados por el Señor a la vida cristiana y en ella hemos recibido la misión que nos vuelve hacia este pueblo creyente y oprimido, como exigencia de esta misión, nosotros también tenemos que volvernos hacia esos tres polos: a escuchar el clamor de nuestro pueblo tratando de discernir con la mayor precisión y claridad posible su significado y a descubrir los signos de esperanza que crecen en la historia. Y para ello adiestrarnos en el manejo de los instrumentos que hagan más diáfano ese clamor: sean los instrumentos de mayor inserción y pobreza, los de la contemplación de mística de los ojos abiertos (Benjamín González Buelta, *Sal Terrae*, 2008) o los que nos aportan las ciencias sociales.

2.9 El Señor nos insta en su llamado a interpretar los signos de los tiempos con mayor precisión que los signos de la naturaleza (Mat.16, 4). Y así como la naturaleza hoy se mide con sismógrafos y barómetros, también los signos sociales tienen sus instrumentos de análisis de gran precisión.

2.10 Estos instrumentos nos pueden iluminar los senderos de la misión ayudándonos a descubrir las formas que ésta va tomando en la historia. Indudablemente que estos recursos sin la

fe pierden su sentido de vocación y misión con relación al Reino. Por eso nos insiste Leonardo Boff: “El militante cristiano, habituado a la complejidad de lo real social, hoy extremadamente sofisticado y asequible tan sólo mediante el instrumental científico, tiene que fortificar enormemente su mirada de fe para poder detectar en los mecanismos socio-históricos la presencia o la ausencia de Dios y de su gracia. Como nunca antes en la historia se hace necesaria la oración unida a la perspicacia política, la mística articulada con el análisis crítico de la realidad” (en *Espiritualidad de la Liberación*, Varios, CEP, Lima, 1980, p. 133 nota 3).

2.11 Pero también una fe que no se encarna en los caminos de la historia de los hombres pierde de vista al Dios que se revela en la historia. Se construye entonces un dios con sus manos: creatura y no creador, objeto y no sujeto. Dios se asoma a nosotros desde la herida de la historia, desde el oprimido, y desde ahí nos llama. Cuando apagamos este canal, Dios se difumina y tendemos a sustituirlo por un dios amoldado a nuestro acomodo, que no convoca ni inquieta. Al borrar la historia sentimos el vértigo de Dios y tenemos que reinventarlo como calmante.

2.12 Por eso la experiencia espiritual de Jesús se hacía incomprendible para muchos: “Lo ven como muy igualito al resto, más aún, como con debilidades, comilón, hablador, pleitista, polémico y, lo peor, desobediente, cuestionador de lo establecido y de las tradiciones. El nuevo estilo consiste en hacer de la búsqueda de la justicia, del amor al pobre, a la viuda, al huérfano, el camino de fidelidad al amor del Padre y hacer de dicho amor una fuerza social capaz de subvertir la historia” (A. Cussianovich en *Varios, Espiritualidad de la Liberación*, CEP Lima, 1980, p 39).

### **3. ANALISIS DE LA REALIDAD, COMPROMISO Y ESPIRITUALIDAD.**

3.1 Este Dios experimentado desde la historia de opresión como el que llama y envía exige nuestra respuesta. Por eso la experiencia de Dios es experiencia de plenitud y de temor (Ex, 19, 16-19). No de un temor a un Dios-Juez-Severo, sino ante el Dios que compromete en una alianza irresistible. La vocación, el llamado, asusta y el peso de la opresión por liberar nos hace sentir nuestra total impotencia. Como Moisés exclamamos: “Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?” (Ex. 3, 12). “Yo no entiendo de política. Además, esta paz que he encontrado en tu servicio quizá se perdería, mi corazón podría amargarse, quizá volverme agresivo. Yo me conozco, soy capaz de matar cualquier egipcio” (Cfr. Ex. 2, 11-12). Y total, inútilmente. “Esta gente no entiende, no quiere cambiar. Puedo verme complicado en un lío. Yo no valgo para eso. Tengo peligro de dejarme atrapar por ideologías...”

3.2 Pero ante Dios no hay excusas: “Ve, yo estaré contigo” (Ex. 3,12).

3.3 El llamado del profeta Isaías es semejante: una experiencia de Dios tan plenificante como temible que lleva a la desesperación por la impotencia: “Ay de mí que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros y habito entre un pueblo de labios impuros” (Is. 6, 5). “¿Cómo voy a asumir una misión profética si no sé ni teología ni sociología? Si la gente misma no está en eso y cuando les hablo se asustan. Qué se puede hacer en esta realidad tan difícil, que parece no tener salida? Tanto tiempo trabajando y casi no se ven los frutos. Y a mí, me falta tanto espiritualmente. Aún me cuesta tanto la oración personal...”

3.4 Pero la misión de nuevo se impone irrenunciablemente: “tu pecado está expiado... ve y di a este pueblo...”

3.5 Es también la experiencia de Jesús ante su misión en el huerto: angustia hasta la sangre, “pero no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc. 22, 39-44).

3.6 Es el desconcierto de María: “¿Cómo será esto si no conozco varón?” y la exigencia de un Dios que impulsa: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc. 1, 34-35).

3.7 Es la experiencia de todo llamado de Dios que exige dejarlo todo y darlo a los pobres (siempre los pobres en el llamado) para poder seguirle. El proyecto de Dios que se realiza desde la pobreza y la impotencia del que “se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo haciéndose uno de tantos” (Fil. 2, 7); “Y si no fíjense a quienes llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia: todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios” (1 Cor. 1, 26-28).

3.8 Y todo intento de matizar esto es renunciar al proyecto de Jesús (Cfr. Mt. 19, 16-22; Lc. 9,57-62). Y es precisamente esta pobreza e impotencia la que nos lleva a construir la misión sobre la confianza en El.

3.9 Enviados como ovejas en medio de lobos, con la confianza de que El asume y guía esta misión, tenemos que tomarla en serio y estar atentos a su continuo llamado en la historia, en la novedad de cada día. La actitud de contemplación surge como necesidad de profundizar en esta historia que quiere anovelarse perdiendo aristas y profundidad. Nuestra oración tiene que ser contemplación de la historia desde la praxis de la misión liberadora para descubrir en esa historia al Dios que nos invita.

3.10 Así la oración nos tiene que llevar a la pasión por descifrar la realidad que nos hiere. Al retomar nuestra praxis frente al Dios que nos interpela, los rostros, las palabras, los hechos, se nos hacen enigma, laberinto, rompecabezas inacabado, crucigrama por terminar que nos convoca y provoca: ¿ Por qué ?, ¿ qué hacer ?

3.11 Y a ejemplo de los magos, tenemos que decodificar estas “estrellas” que caminan por los callejones de esta creación cuyos dolores, que con tanta fuerza siente nuestro pueblo, son de parto del Reino. Esta contemplación conlleva la urgencia de honradez con la realidad, de serle fiel hasta el final. De no temerle, porque es lugar de la revelación de Dios (Cfr. Jon Sobrino, Espiritualidad de Jesús y Espiritualidad de la Liberación, en Varios, Espiritualidad de la Liberación, CEP, Lima, 1980, p. 55 ss).

3.12 Por eso el análisis de la realidad es un momento de nuestra espiritualidad y de nuestra acción pastoral. Como tal no es sólo una necesidad para nosotros, sino para todos los que comparten con nosotros la comunidad de nuestra fe. Es tarea nuestra y de todo cristiano. Tiene que ser, por tanto, pre-requisito y contenido de nuestra pastoral.

3.13 Pre-requisito en cuanto que tiene que estar fundando la experiencia espiritual y la planificación pastoral de los agentes pastorales. Contenido en cuanto que tiene que ser transmitido como praxis de espiritualidad a aquellos a quienes evangelizamos.

3.14 Es un elemento indispensable de la espiritualidad y de la misión de toda la Iglesia y aunque cada quien lo hará según su capacidad, el crecimiento espiritual y pastoral también dependerá de la fineza adquirida para “leer las señales de los tiempos”.